

## 5.- Ética, Tecnología y Democracia en el pensamiento actual.

Rafael Ángel Rodríguez Sánchez.

Departamento de Ciencias de la Educación. C.E.S. "Cardenal Spínola CEU".  
Universidad de Sevilla.

En este trabajo se analiza la capital importancia que tienen los valores éticos en las modernas sociedades tecnológicas. Trataremos de mostrar, en primer lugar, por qué la democracia, siendo uno de los indudables grandes logros de la humanidad, no es suficiente para garantizar el respeto al ser humano y, en general, al mundo natural. Y, en segundo lugar, se expondrá por qué la tecnología, siendo otro de los grandes éxitos de las sociedades humanas, tampoco es suficiente para asegurar un mundo deseable. Partimos aquí para este análisis, entre los innumerables sentidos que tiene el concepto de democracia, de la connotación que le otorga Habermas como forma de comunicación pública y, en ese sentido, consensuada. De igual modo, también tomamos el sentido habermasiano del término técnica como capacidad de dominio sobre procesos plenamente comunicables<sup>1</sup>. Con este planteamiento, se citan aquí algunos de los valores que suelen ser considerados de especial actualidad y trascendencia.

Hace varios años me llamó mucho la atención el título de una conferencia que parecía más bien un complicado trabalenguas: "*Pasar de haber pasado de pasar de estar de vuelta sin haber ido*". Era un comienzo indudablemente curioso y sorprendente con el que se hacía referencia a la actitud nihilista. Era también un título quizá demasiado extenso, pero que mostraba de un modo más o menos humorístico uno de los grandes peligros de las sociedades democráticas: pensar que la pérdida del autoritarismo significa la pérdida de la autoridad y de dirección; pensar que como todo es objeto de discusión, por lo tanto, todo vale (y nada vale) con tal que se dominen ciertas reglas de la retórica y de la "presión social". Y esa enfermedad de la democracia, que la convierte en demagogia, es precisamente lo que llevó a Platón a convertirse en uno de los más conocidos antidemócratas<sup>2</sup>.

Efectivamente, las opiniones de Platón tuvieron como contexto social el hecho de que la democracia ateniense se había convertido, tras la muerte de Pericles, en un instrumento de dominación de masas por parte de demagogos como Cleón, Hipérbolo o Alcibiades. Sólo se buscaba el dominio de la palabra para manipular las emociones y alcanzar una decisión más beneficiosa para el hábil orador. Buena prueba de la orientación que tomó Atenas en esta época fueron dos episodios. El primero de ellos, la sublevación en el 428 a. C., de una de las ciudades socias de la liga, Mitilene, contra el poder de Atenas. Aplastada la insurrección, la respuesta acordada por la democrática asamblea de Atenas

<sup>1</sup> Vid. Habermas, J. Ciencia y técnica como ideología. Trad. Manuel Jiménez Redondo y Manuel Garrido. Madrid. Tecnos, 1984, p. 123.

<sup>2</sup> Platón. República, 559 d-562 a. Vol. III. Traducción José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano. Madrid. Instituto de Estudios Políticos, 1969, pp. 78-83.

fue la ejecución de toda la población adulta y la esclavitud de todos los niños y mujeres. El segundo episodio fue la conquista de la isla de Melos (416 a. C.), en la que tras la negativa de la población a rendirse, Atenas tomó una decisión similar a la adoptada contra Mítlene. Estos episodios son los que explican el desprecio que sintió Platón hacia la democracia y hacia la retórica, ya que a raíz de ellos llegó a la conclusión de que el hecho de que una decisión se tome como resultado de un acuerdo dialogado en un sistema democrático, no es garantía de la bondad y justicia de tal decisión.

Ello nos lleva a la siguiente conclusión, que puede parecer sorprendente: una acción no queda plenamente justificada por el simple hecho de ser “democrática”, es decir, por el simple hecho de haber sido apoyada por la mayoría. Porque la mayoría también puede tomar decisiones que sean equivocadas.

Hemos hecho referencia antes a un ejemplo tomado de la antigüedad. Acudamos ahora a una situación actual. Todos los políticos de occidente alaban sin cesar la democracia, deseando y a veces exigiendo a otros países que sean gobernados por la voluntad de “la mayoría”. Sin embargo, cuando, como ha sucedido en Austria, es la mayoría de la población la que apoya a un partido político con ideas xenófobas, todos los gobernantes del resto de Europa se apresuran a condenar y a tomar medidas de presión contra dicho gobierno, violentando ese principio que sustenta la idea misma de democracia y que afirma que un estado sólo puede ser dirigido por la mayoría de sus propios ciudadanos y que esa mayoría es la que otorga el respeto debido a las decisiones tomadas en su seno.

Por supuesto que esta reflexión no pretende ser una apología de la dictadura, ni se defienden aquí postulados antidemócratas. La democracia actual, basada en el sufragio universal de un voto por persona, es la puesta en escena de un sistema político que permite a todos los individuos, sean altos o bajos, ricos o pobres, blancos o negros, hombres o mujeres participar en la vida política e, indirectamente, tomar decisiones. Por ello no cabe duda, al menos en sus planteamientos iniciales, de que la democracia pone a la persona en el centro de sus cuidados.

Pero lo que sí se pretende afirmar es que el llamado “procedimiento democrático” debe estar complementado por una formación y preocupación por parte de todos en el terreno de los valores. Porque si no, es posible que la mayoría de la población tome decisiones que, por pertenecer a la mayoría, están legitimadas jurídica y políticamente, pero que no sean lícitas desde el punto de vista ético. Es posible, efectivamente, que la mayoría de los que legalmente pueden votar cometan injusticias contra los que por cuestiones de forma no pueden hacerlo. En este sentido, merece la pena recordar que en un estado concreto, sólo deciden las personas que oficialmente viven en el país en cuestión. Esto significa que únicamente los ciudadanos legalmente reconocidos, y que además son mayores de edad, son los que toman las decisiones. Todos aquellos que caigan fuera de estos dos supuestos han de conformarse con aceptar o esquivar lo decidido. Más allá del reconocimiento jurídico como ciudadano perteneciente a un estado, y con anterioridad al cumplimiento de la mayoría de edad legal, no se tiene poder de decisión. Pero la mayoría de tales decisiones afectan a otros países, tanto a sus habitantes como, en general, al mundo natural; y afectan a todos aquellos que no han cumplido la mencionada edad de los dieciocho años.

Determinar con exactitud cómo puede deben articularse democracia y tecnología parece una labor titánica y, por lo demás, abocada a la ausencia de consenso. Sin embargo, sí que parece que esta imbricación debe tener bastante que ver con un aumento del

protagonismo de la ética, una ética entendida como una labor de toma de conciencia social de que no todo es una simple cuestión de votos, de que no todo se reduce a hacer presión para conseguir “barrer más para casa”, de que no todo es el resultado de acuerdos o pactos sino que más allá de ellos, debe haber algo se llama justicia, equidad o paz.

Hemos tratado, pues, de mostrar por qué es necesario un sólido sistema de valores que anide dentro del sistema democrático, para garantizar que el orden promovido por este sea justo. Vamos ahora a analizar porqué la tecnología, de suyo, tampoco garantiza la conveniencia de las decisiones.

Podríamos pensar que el ser humano ha conseguido tan grandes logros, que las exigencias éticas deberían ser hoy día mucho menores que hace quinientos o mil años. Y es que la tecnología, efectivamente, lleva en su raíz la posibilidad de disminuir el dolor y de aumentar nuestra calidad de vida. Sin embargo, resulta significativo que en sus primeros momentos, el binomio ciencia-tecnología produjera gran confianza; para tornarse esa actitud durante el siglo XX en miedo y preocupación.

Cuando los filósofos ilustrados del XVIII hablan del futuro, lo hacen casi siempre con pasión y esperanza, delegando en la ciencia la tarea de construir un mundo mejor<sup>3</sup>. Y también desde la literatura, escritores posteriores como Julio Verne, confían en que los desarrollos tecnológicos nos permitirán pasear por el centro de la tierra, los fondos marinos o la luna, confiando con optimismo en que la ciencia irá mejorando las distintas facetas de la vida, por tierra, mar y aire. Durante los siglos XVIII y XIX, la ciencia y la tecnología, parecían prometer una sociedad feliz. Sin embargo, a partir de la segunda guerra mundial se opera un cambio de perspectiva en cuanto al destino tecnológico que nos aguarda. Obras literarias como *Walden dos*, o *Un mundo feliz* aventuran una sociedad futura devastada por el poder del propio ser humano. Y desde el cine, el futuro no puede ser más desolador si miramos algunas conocidas películas de corte futurista como *Blaid Runner* o *Terminator*. La filosofía también sufre un cambio de orientación y se insiste en que no todo descubrimiento tecnológico es, por el hecho de serlo, automáticamente racional. Es la distinción entre razón de medios y razón de fines:

“Cuando se declara a la razón incapacitada para determinar las metas supremas de la vida y la razón debe entonces conformarse con reducir a mera herramienta todo lo que encuentra, su única meta perdurable será sencillamente la perpetuación de su actividad niveladora (...)

Puesto que la subyugación de la naturaleza, dentro y fuera del hombre, se va llevando a cabo sin un motivo que tenga sentido, la consecuencia no es un verdadero trascender la naturaleza o una reconciliación con ella, sino la mera opresión (...)

La civilización, en cuanto que irracionalidad racionalizada, hace que la rebelión de la naturaleza se le integre como un medio más, como un instrumento más”<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Vid. Cassirer, E. *La filosofía de la Ilustración*. Capítulo “La conquista del mundo histórico”. Trad. Eugenio Imaz. México, FCE, 1972, pp. 222-260.

<sup>4</sup> Horkheimer, M. *Crítica de la razón instrumental*. Trad. H. A. Murena y D. J. Vogelmann. Buenos Aires, Editorial Sur, 1973, pp. 102-104. En este sentido, Eduardo Nicol exige un ethos a la ciencia, frente al sistema ciego de reglas, obligaciones y sanciones de “muchos que son conocidos como hombres de ciencia” (Nicol, E. *Crítica de la razón simbólica*. México, FCE, 1982, pp. 141 y ss).

Parece, pues, claro que el siglo XX ha constituido el rechazo de esa imagen idílica que veía en la tecnología, sin más, un progreso. Lo tecnológico es un instrumento muy eficaz que todos deseamos tener, pero parece demostrado que se trata de una herramienta ambivalente, esto es, que puede utilizarse tanto en un sentido como en otro.

La tecnología, como mero instrumento que es, puede, si se nos permite hablar así, tomar la voz de "Pepito Grillo"<sup>5</sup> y amplificarla, pero también disminuirla a través de cientos de condicionantes, entre los que se encuentran los famosos "mecanismos mediáticos". Tomando otro ejemplo de la actualidad podemos ver cómo la aplicación de las modernas tecnologías al mundo de la información, puede hacer que todo el mundo conozca sucesos tan horribles como los atentados de la torres gemelas de Nueva York. Sin embargo, esa tecnología de la comunicación puede ser un altavoz parcial. Por ello, si preguntáramos cuántos habitantes del mundo conocen el número de muertes que causaron los atentados del 11 de Septiembre en la ciudad de Nueva York, puede que la mayoría dijera que 3000. Ahora bien, ¿cuántos conocen que el número de civiles muertos en Afganistán, como consecuencia de la respuesta estadounidense, se eleva a más de 10.000?

"Si en el espacio de un año, en cualquier lugar del planeta, 80 jumbos se estrella-ran provocando cada uno quinientas víctimas, todos los periódicos del mundo dedicarían la primera página a esa tragedia. Todos, sin excepción, denunciarían la responsabilidad enorme de unos y otros. El equivalente de esos 80 jumbos serían los 40.000 niños que mueren cada día en el mundo ... En realidad, a los 40 millones de niños, mujeres y hombres exterminados cada año por el hambre, la conciencia y las políticas actuales no reservan sino una atención marginal ..."<sup>6</sup>

La tecnología, en el caso de la información, es simplemente un instrumento, que se puede focalizar en una región concreta del mundo, ignorando las demás. Los avances tecnológicos no tienen por qué conllevar, de suyo, avances éticos, en el sentido de que la tecnología es un asunto de medios, no de fines. Cualquier logro, cualquier objetivo, está cada día más al alcance de la mano gracias a la tecnología, pero eso no significa que tal objetivo sea beneficioso para la humanidad en su conjunto. Las cámaras de gas, conviene recordarlo, constituyen una eficazísima aplicación de los principios de la termodinámica y la mecánica de fluidos; a la par que un modelo "a imitar" en la minimización del coste de asesinatos múltiples. Y son también expresión del avance de la tecnología.

Con todo esto no se está proponiendo una absurda vuelta a la era pretecnológica. Pero, del mismo modo que antes comentábamos la conveniencia de que los procedimientos democráticos de tomas de decisión deben ser complementados con una sólida formación en los valores de la persona, también es necesario comentar que la tecnología necesita del ámbito moral si quiere cumplir su función de apoyo a la humanidad en su conjunto.

---

<sup>5</sup> Resulta muy curioso que la tradición popular haya representado a la conciencia con la forma de un animal muy pequeño, cuya cantinela, como en las noches de verano, es al principio molesta pero se hace tan constante que termina pasando desapercibida. Poco sabía el autor del clásico cuento infantil de Pinocho, Carlo Lorenzini, que la mayoría de los niños occidentales tendrían su primer contacto con la realidad de la "conciencia moral" a través de su conocido personaje.

<sup>6</sup> Enma Bonino, Comisaria de la Unión Europea. Diario El País, 16-X-87.

El problema se plantea, indudablemente, en la determinación exacta de ese mundo de los valores, sobre todo cuando hay que aplicarlos a situaciones concretas de conflictos de intereses. Sin embargo, aunque esa diversidad existe, es importante recordar que también podemos hablar de un cierto acuerdo, al menos teórico, por parte de la mayoría de la población en determinadas cuestiones. La declaración universal de los derechos humanos es, en este sentido, una realidad innegable, insuficiente pero esperanzadora, de esa posibilidad de acuerdos generales.

Es verdad que una respuesta completamente consensuada es ilusoria, dada la complejidad de nuestro mundo, pero también es cierto que es posible localizar "lugares razonablemente comunes" en los que gran parte de la población coincide. Por ello, creo que es posible en nuestras sociedades un cierto acuerdo general sobre determinados puntos básicos, acuerdo que, tácitamente, hace que hoy en día existan una serie de valores considerados por casi todo el mundo como buenos o deseables. La práctica totalidad de la población coincide en el desarrollo de ellos posibilitaría uno de los grandes deseos de la humanidad: la justicia. Tales valores son, por ejemplo, la responsabilidad, la sinceridad, la diálogo, la confianza, la creatividad, la paz, la amistad, el respeto a la dignidad de la persona, la igualdad, la solidaridad, la moderación en el consumo o el respeto por el medio ambiente.

Ahora bien, ¿cómo incorporar en la sociedad dichos valores?, ¿cómo hacer que su presencia sea más real y efectiva? Dicho de otro modo: ¿cómo fomentar el aumento de esos valores citados en nuestra sociedad?, la respuesta es tan sencilla como contundente: a través de los medios de comunicación de masas y del sistema educativo, que son los dos mayores instrumentos para la difusión de ideas. Por ello, cuando una orientación política, sea del signo que sea, pretende llevar a la sociedad un determinado mensaje, de lo primero que se preocupa es de periodistas y profesores. Las grandes ideologías en la historia así lo han hecho; tal es la fuerza de estos "altavoces".

En nuestro sistema educativo actual, ese conjunto de valores deseables que hemos citado tienen su concreción a través de la enseñanza de los llamados temas transversales. Estos son los siguientes: Educación Moral y Cívica, Educación para el Desarrollo, Educación para la Paz, Educación para la Vida en sociedad y para la Convivencia, Educación Intercultural, Coeducación, Educación ambiental, Educación para la Salud, Educación Sexual, Educación del Consumidor y Educación Vial. Todos ellos constituyen una indudable batería de temas cuya enseñanza constituye la base de los valores éticos, base sobre la que puede articularse esa simbiosis entre democracia y tecnología.

De este modo, la democracia, entendida como procedimiento formal de toma de decisiones, y como la tecnología, considerada como herramienta de transformación regida por el principio de la eficiencia, deben establecer los vínculos a través de un importantísimo rodrión, que no es otro que el de los valores éticos. La posibilidad de imbricación entre ambas puede establecerse a través del ámbito libre de los valores. Por ello el terreno de lo "moral" adquiere en este contexto el papel de "orientador" o "educador". No podemos olvidar, en palabras de Habermas, lo siguiente:

"La dirección del progreso técnico depende hoy en buena medida de las inversiones públicas: en los Estados Unidos el ministerio de defensa y los organismos encargados de la inversión espacial son, con sus encargos, los principales promotores de la investigación (...) La afirmación de que las decisiones de importancia política se disuelven

en realidad en el cumplimiento de las coacciones materiales inmanentes a las técnicas disponibles y de que por eso ya no pueden convertirse en absoluto en tema de una discusión práctica, para lo único que en verdad acaba sirviendo es para encubrir intereses que escapan a la reflexión y decisiones precientíficas. Ni puede aceptarse, pues, la suposición optimista de una convergencia de técnica y democracia, ni tampoco la afirmación pesimista de que la democracia viene excluida por la técnica”<sup>7</sup>.

Con esta orientación, aunque hemos puesto de manifiesto la imposibilidad de alcanzar acuerdos absolutos acerca de dichos valores, sin embargo también hemos llamado la atención sobre la existencia de lugares comunes de consenso en nuestras actuales sociedades democráticas y tecnológicas. Hemos mostrado una serie de valores como un conjunto de desiderata cuyo cumplimiento contribuiría a la “vida buena”. Y para concluir, hemos hablado de la importancia de los medios de comunicación y de la educación de cara a la presencia de esos valores en las sociedades; y cómo dicha presencia se traduce en el campo concreto de la educación en los llamados temas transversales. La cuestión es que esa incorporación se vaya haciendo poco a poco más efectiva.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- Cassirer, E. *La filosofía de la Ilustración*. Trad. Eugenio Imaz. México, FCE, 1972.
- Habermas, J. *Ciencia y técnica como ideología*. Trad. Manuel Jiménez Redondo y Manuel Garrido. Madrid. Tecnos, 1984.
- Horkheimer, M. *Crítica de la razón instrumental*. Trad. H. A. Murena y D. J. Vogelmann. Buenos Aires, Editorial Sur, 1973.
- Nicol, E. *Crítica de la razón simbólica*. México, FCE, 1982.
- Platón. *República*. Vol. III. Traducción José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano. Madrid. Instituto de Estudios Políticos, 1969.

---

<sup>7</sup> Habermas, J. *Ciencia y técnica como ideología*. Op. Cit., pp. 126-127.